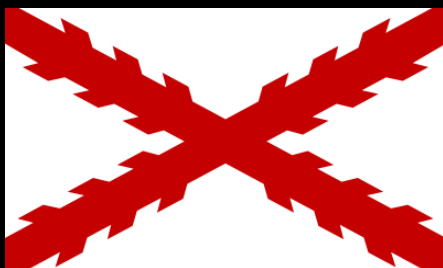


El asedio de Castelnuovo



El asedio de Castelnuovo

La mujer de mediana edad limpiaba, suspirando quedamente, en el momento en el que llamaron a la puerta. Se presentaba en el dintel un joven, fuerte pero delgado, casi demasiado; la piel quemada por el sol, curtida. Al verla, una ancha sonrisa iluminó su rostro, mientras la confusión se reflejaba en igual grado en la cara de ella. Al fin, la mujer dijo algo, rompiendo el silencio que al menos a su parecer, se estaba volviendo muy incómodo. “¿Qué desea, joven?”. Ahora era el rostro de aquel extraño el que reflejaba confusión, borrando aquella extraña sonrisa del enjuto semblante. Lentamente, se encogió de hombros, levantando las palmas de sus sus manos hacia arriba. “¿Es que acaso mi madre no puede ya reconocer a su propio hijo?”. La mujer se llevó las suyas a la boca, no pudiendo ahogar un gemido a pesar de todo. Los trapos que había estado utilizando para limpiar llegaron por fin al suelo, mientras aquel hombre, mitad sorprendido, mitad asustado, la envolvía en sus delgados pero fuertes brazos, tratando de calmarla. “Creímos que estabas muerto.... ¡muerto!”, dijo ella, “Lo sé, lo sé...”, musitó él, a modo de respuesta. Ella se desasíó, mirándole de hito en hito, tratando de buscar los rasgos del vástago que había engendrado. Estaban ahí, por fin descubrió, pero había más. Su hijo ya no era un joven, era un hombre, de cuerpo desarrollado y fuerte, piel tostada por el trabajo al aire libre, y su cara... con aquellos ojos, de mirada cansada, pero dura. Cálida ahora, pero, adivinaba ella, penetrante y desconfiada con los demás. Cálida, y perdida: mirando por momentos como a algún punto más allá de todo, mientras su madre lo abrazaba, lo miraba y lo volvía abrazar, en un cariñoso ritual que él soportaba con divertido estoicismo.

“Ignacio, entra en casa, hijo mío.”, dijo ella, dejándole libre por fin, y apartándose para franquearle la entrada. Cerró la puerta tras él, mientras por el rabillo del ojo dióse cuenta de que ya empezaba a caer el sol. Corrió hacia el hogar, donde se cocía potaje a fuego lento. “Tu padre volverá aquí enseguida.” Removía alegremente en la pota, mientras volteaba la vista hacia él, radiante. “Estarás hambriento.”, observó. “Huele muy bien.”, reconoció él. Ella le acercó un plato que Ignacio comenzó a devorar. “Con el dinero que nos mandaste, arrendamos un pedazo de tierra. No es mucho, pero nos da para vivir sin apremios durante el invierno.” El asentía, entre bocado y bocado. “Eso fue... hasta que dejamos de saber de ti.” Ignacio miró a su madre, haciendo una pausa en su almuerzo, y desvió la mirada, cavilando, hasta que finalmente dijo: “Eso debió de ser cuando llegamos a *Castelnuovo*”. Su madre afirmó varias veces con la cabeza, pensativa, y frunció el entrecejo. “¿Está muy lejos?”. Su hijo se encogió de hombros y continuó el yantar, para, después del siguiente bocado, hacer un gesto vago en el aire y contestar: “Más allá de Italia, por mar.” La ya casi anciana mujer, a los ojos de su vástago, asintió insegura. “Creímos que os habían matado a todos.” Miró entonces a Ignacio, acariciando su mejilla, y añadió: “a todos.” Al cabo de un momento, la felicidad de él se ensombreció poco a poco, y bajó la mirada al plato. “Casi. Éramos cuatro mil quinientos soldados en el tercio del capitán Sarmiento. Sólo sobrevivimos a la batalla un puñado, casi doscientos hombres, y a los más heridos los degollaron allí mismo. Al resto nos capturaron como esclavos.” La mujer miró a su hijo horrorizada, mientras su intención, volver a llenar el plato a medio terminar, se quedó en suspenso, con el puchero colgando en su mano inerte. Fue ese el momento elegido por el caprichoso destino para que se abriera la puerta y entraran por ella dos personas. Ignacio reconoció fácilmente a su padre, mientras el crío que iba con él le resultaba vagamente familiar. “María”, dijo el hombre, con el rostro radiante de satisfacción debido a la comida que ya deleitaba su paladar, “¿qué tenemos hoy para comer?”. La contestación nunca llegó, pues María, que así se llamaba la madre de Ignacio, sonreía de nuevo con felicidad mientras su marido miraba a aquel joven de hito en hito. Avanzó a grandes zancadas para abrazarle, mientras Ignacio, feliz, se levantaba de la mesa. “¡Hijo mío!”, musitaba el afectado padre para sí. “Creímos que te habíamos perdido.” Le separó de su cuerpo, y volvió a sentarlo a la mesa, mientras él se aposentaba sobre una silla que María le acercaba al punto. “Mira”, le dijo su padre atrayendo hacia sí al niño. “Tu hermano, Diego, ya está casi hecho un hombre. No sé si recuerdas que te lo comentábamos en nuestras cartas... Bueno, hasta lo de *Castelnuovo*. Es un milagro que estés vivo y hayas vuelto a nosotros, hijo.” Ignacio contempló con simpatía a Diego, su hermano. En él adivinaba los mismos rasgos que le hacían a él hijo de sus padres. Por contra, aunque a Diego también se le había servido comida, como a su padre, no probaba bocado: le miraba con desconfianza, con los ojos apenas alzados por encima del plato. “Bueno, hijo, ¿y qué pasó allí?”. El padre, Raúl, contemplaba con una mezcla entre orgullo y apasionado afecto a Ignacio, lo cuál parecía poner aún más receloso a su hermano. Ignacio desvió la mirada de su hermano a su padre, y comenzó el relato, ya acostumbrado desde *Messina* a contarlo, si bien esta vez pondría más pasión en él.

“Habíamos llegado a relevar al *Tercio Viejo de Nápoles*, que había conquistado la plaza varios meses antes. Les admirábamos por su gesta, aunque ellos habían tenido ayuda por mar de los venecianos, cosa que nosotros no tendríamos. El capitán del de *Nápoles* advirtió a Sarmiento de que aquello era una ratonera, y se fueron con la flota del almirante Andrea Doria, quien advirtió tampoco pensaba volver. Los venecianos ya no nos ayudaban y el señor Don Doria no tenía suficientes efectivos.” Ignacio hizo una pausa. “*Castelnuovo* estaba en la costa. Y digo bien, estaba, pues quedó reducido a escombros. Aquel pedazo de tierra era nuestro, pero las posesiones otomanas empezaban en cuanto asomabas la nariz fuera del castillo, de espaldas al mar. El capitán Sarmiento reunió a los oficiales, entre los que se encontraba Álvaro de Guzmán, a quien yo servía como paje después de la instrucción en Milán.” Ignacio tomó contemplativamente el vaso de agua que aún no había tocado, meneando a la vez la cabeza hacia los lados. Tras refrescar el gaznate, continuó: “Los pueblos vecinos no querían ayudarnos. Apenas los paisanos de *Castelnuovo* nos proveían de carne, pan y fruta. Nuestro único suministro ilimitado era el agua dulce, que extraíamos del pozo del patio de la fortaleza.” De nuevo Ignacio hizo un interludio, pensativo. “Estaba en lo alto de un terreno elevado, pero la ciudad también estaba amurallada. Rodeada de agua por tres lados, la plaza, y por ende, el castillo, eran inexpugnables. Fue gracias a eso el que aguantáramos tanto tiempo desde que empezaron a atacarnos.”

Ignacio esperó un tanto, pareciendo organizar sus recuerdos: “Éramos la gloria del imperio. Deseábamos probar nuestra valía, tal y como el *Tercio Viejo de Nápoles* la había demostrando tomando la plaza. Aún así, no nos esperábamos que los otomanos vinieran tan pronto.” El ex-soldado sacudió la cabeza, y tapó su cara con sus manos. “Fue un plan perfectamente ejecutado, y los otomanos pusieron toda la carne en el asador. Nos bloquearon el acceso por mar con una potente flota, de la que desembarcaron miles y miles de hombres. Por el norte llegaron otros tantos, o más. Sin necesidad alguna de exagerar, eran diez por cada uno de nuestro tercio. Nosotros...” Ignacio esbozó una sonrisa, en la que no se reflejaba ninguna alegría. “Nosotros, apenas pasábamos de los cuatro mil hombres; sin embargo, ninguno hizo comentario alguno, ni siquiera cuando apreciamos varias divisiones jenízaras, la élite de su ejército. Y finalmente, la artillería, claro.” Ignacio hizo descender las manos hasta la barbilla, como reflexionando. “El comandante Sarmiento se mostraba más seguro que nadie, y convocó a los coroneles y a los cabos a consejo. Entre ellos estaba mi señor Guzmán, quien me hizo acompañarle dentro. Sarmiento deseaba empezar a atacar ya, en lugar de dejar a los turcos tomar sus posiciones con calma, y por ende, tomar la iniciativa. En realidad, mi señor me compartió que si el comandante otomano, llamado *Barbarroja*, llegaba ya no a cavar trincheras, sino a lograr emplazar la artillería, estaríamos perdidos, y así, que me preparara para luchar con el resto del tercio. Sería mi bautismo de fuego, y que sólo sobreviviría si demostraba ser un verdadero soldado.

Ignacio apoyó la cara sobre una de sus manos, mientras dejaba reposar la otra sobre su regazo. “Realmente, pensábamos que podíamos ganar. Salimos unos cuantos de la fortaleza al anochecer, mientras los confiados otomanos descansaban, tras pasarse los últimos días cavando trincheras. Nuestro objetivo era la artillería; o cuando menos, asustarlos, y retrasarles en su trabajo. Y lo hicimos bien. Llenamos el campo delante de la ciudad de cadáveres, cadáveres jenízaros, en su mayoría. Huían de nosotros gritando en su lengua, alertando al resto de nuestras acometidas. ¡Ah!, cómo corrían. Seguimos cargando, y me permití un grito de victoria. Mi señor Guzmán me arreó un sopapo. Encontramos otro grupo de jenízaros, que empezaban a reagruparse. Acabamos con todos ellos tras el grito de “Santiago”, y “España”. Me di cuenta de que eran los únicos gritos que se permitían al combatir. Hicimos bien nuestro trabajo, pero llegó un momento en el que los otomanos se reagruparon, y no podíamos permitirles que nos flanquearan. Volvimos atrás sin volver la espalda, rematando a todos aquellos cuyas vidas no se les habían escapado por los grandes agujeros que habían abierto nuestras picas en su pechos. Tropezábamos una y otra vez con los cadáveres de aquellos desgraciados. Volvimos a entrar en la plaza con apenas una decena de bajas. Pensábamos que podíamos ganar, realmente pensábamos que teníamos posibilidades, y después de aquello estábamos crecidos, íbamos a acabar con su lastimosa existencia de herejes.” La mirada del soldado recaló sobre sus padres, después de haber vagado por la estancia. La mirada de su padre era una mezcla de orgullo y horror, mientras su madre se santiguaba y pasaba el rosario, a la vez que le miraba fijamente. “Hijo, mío...”, repetía, musitando horrorizada. Su padre le tomó una mano entre las suyas mientras trataba de reconfortarla. “La guerra es cruel, María.”

Ignacio se extrañó ante aquella reacción, y se concentró en continuar su relato. “A pesar de todo, seguían siendo muchos más que nosotros, sólo habíamos matado a unos cientos. Nuestra situación, en

cualquier caso, era si cabe más desesperada, pues la artillería estaba emplazada. Nosotros, claro, aún lo veíamos como un triunfo seguro. Era cuestión de unas cuantas salidas más como aquella. Incluso *Barbarroja* y su ejército tenían la moral tan baja que envió a sus emisarios a parlamentar. Nos ofrecían salida libre a Italia, la vuelta a casa. Nuestro comandante, Sarmiento, no confiaba en ellos, pero no se hubiera rendido de todas formas. Su respuesta fue contundente: Vengan cuando quieran. Su comportamiento nos llenó de orgullo”. Ignacio había levantado inconscientemente la barbilla, mientras su madre reprimía el llanto a la vez que sacudía la cabeza. Superando cierto sentimiento de exasperación, continuó relatando su historia. “Contra lo que no podíamos hacer nada era contra la artillería. Creíamos que los venceríamos a base de sangrientas salidas, acuchillando sus tropas. Una, diez, cien veces, las que fueren necesarias. Pero los otomanos empezaron a bombardearnos con sus potentes cañones, mientras nosotros nos resguardábamos como podíamos en las murallas. Intentaron varios asaltos, pero los rechazábamos una y otra vez; eso era fácil. Era nuestra plaza, y podíamos seguir matando jenizaros cuantas veces quisiéramos, o así lo pensábamos nosotros. Aún así, eran demasiados... De forma que volvimos a salir. Un cuarto de nuestras fuerzas, con el único objetivo de acabar con *Barbarroja*. ¡Ay!, cómo hubieran sido las cosas si lo hubiéramos encontrado, pero no sabíamos que en cuanto empezó la refriega, el muy cobarde se refugió en una de sus naves, en la rada.

Fue otra carnicería. En completo silencio, asesinamos a todo otomano que salió a nuestro paso. Casi les echamos al mar... creo que lo hubiéramos hecho, de no haber sido por la artillería, que nos acosaba con la amenaza de despedarnos. Estábamos orgullosos, aunque hambrientos y cansados. La artillería nos masacraba: así, unos días después, la plaza era suya, y nosotros nos refugiábamos en los restos del castillo, con los muros derruidos por las explosiones. Nos sabíamos mejores soldados que ellos, así que salíamos una y otra vez a atacarlos, pero parecía que cuantos más matábamos, más salían de las trincheras. Nuestro ánimo disminuyó, nuestras reservas de comida ya eran inexistentes. Llegó un día en el que Dios nuestro señor nos protegió con un manto en forma de aguacero, y sus baterías callaron por fin. Fue entonces cuando nos batimos a pica y espada con aquellos jenizaros, sin contar ellos con protección, ofreciendo a la muerte un generoso tributo otomano por la victoria. Ya apenas quedábamos la mitad de nosotros, pero batimos a muchos más. Aquel fue un día glorioso.” La mirada de Ignacio se apagó de repente. “Hubiéramos necesitado mucha más lluvia. Nos seguimos batiendo día tras día, y los cañones volvieron a rugir. Rechazábamos un ataque y nos preparábamos para el siguiente, cada vez menos picas, cada vez menos espadas. Cada vez más cansados. Cada vez más furiosos. En uno de los ataques, yo caí inconsciente, junto a mi señor Guzmán. Ya éramos sólo unos cientos, pero no dejábamos que los otomanos entraran en la fortaleza, o lo que quedaba de ella. Cuando recuperé el sentido, descubrí que mi señor había muerto. Las granadas caían en derredor por doquier, el polvo flotaba en el aire, y los jenizaros volvían a cargar. Deprimido, pensé en quitarme la vida, pero fue entonces cuando vi emerger de entre la nube de polvo las picas de nuestro tercio, varias docenas, y volví a levantarme con ellos, y como un solo hombre, gritamos: *Santiago y cierra España*, y cargamos contra ellos, rechazándolos por última vez.” Ignacio estaba orgulloso, mientras su madre sollozaba y su padre trataba de consolarla, mirándole de reojo. “*Barbarroja* estaba furioso: después supimos que habíamos acabado con más de la mitad de sus fuerzas. A algunos, nos perdonaron la vida y nos llevaron a Constantinopla, como esclavos. Sólo seis años más tarde, pudimos escapar. Fue terrible, terrible.” El veterano soldado fijó la vista en el suelo, mientras su mente revivía el horrible cautiverio sufrido. Entonces levantó de nuevo la mirada. Su madre seguía llorando horrorizada, mientras su hermano se escondía tras las faldas de ella, y su padre parecía como querer protegerla. Él le habló entonces, de nuevo con aquella mezcla de orgullo y miedo. “Ignacio...” Su madre se incorporó, le abrazó y le dijo “Rezaré por ti, hijo mío. Todo pasó ya, estás en casa.” Su padre apartó la mirada, nervioso. Fue sólo entonces cuando supo cómo viviría el resto de su vida. Era su casa, sí, pero ya no pertenecía a aquella familia, a la que sin embargo, debía seguir asistiendo, para que ni sus padres, ni mucho menos su hermano, pasaran por lo que él había pasado.

Se levantó rudamente y dijo “debo irme.” Aquello tomó a todos por sorpresa, y antes de que pudieran abrir la boca, el soldado había salido ya de la casa, mientras su madre gritaba: “¡hijo!”, y su padre la retenía entre sus brazos, comprendiendo. Recordaba haber pasado por un puesto de reclutamiento en el puerto, y hacia allí se dirigió. Tras dar su nombre, el escribano le preguntó: “¿Experiencia?”. Ignacio respondió escuetamente: “Estuve en *Castelnuovo*.” El capitán ordenó inmediatamente: “Alístelo”. Mientras el soldado recogía el adelanto de su paga para equipamiento, pensaba a la vez en aquel dicho tan manido entre infantes españoles: “*En España, mi natura; en Italia, mi ventura; en Flandes, mi sepultura.*”